

Personajes

Lady Macbeth

Bruja 1

Bruja 2

Bruja 3

Fantasma de Banquo

Escena 1

Un enorme objeto en madera basta, que es una especie de escultura barroca. Figura un trono y la misma construcción lleva adosados un juego de hamacas, un tobogán. En escena, Lady Macbeth y las brujas. Las brujas, que no tienen aspecto de brujas en el sentido convencional del término, funcionan a veces como tales, otras veces, sin transición, actúan como doncellas o coro.

Lady ¿Todo está listo, mis amigas? ¿La cena?
Macbeth: ¿Las copas, los platos? ¿Todo brilla? Que
 entreñ los niños más pobres, los de la ca-
 lle, los que piden. Yo les lavaré los pies,
 las caritas roñosas. Se sentarán a la mesa
 con los príncipes.

Bruja 1: ¡Oh, qué buena mi señora!

Lady M.: *(con un mohín)* ¡Más! *(Se hamaca)*

Bruja 2: ¡Qué afable!

Bruja 3: Sí.

Lady M.: (*salta de la hamaca*) Ladran los perros.
¿Por qué los vuelven tan feroces?

Bruja 1: Son mastines, señora. Defienden el lugar.

Lady M.: Podrían defenderlo con gruñidos mansos, con miradas dulces, mostrando los dientes sin morder jamás. (*Las tres brujas se miran con una reticencia sobradura. Lady Macbeth*) Ayer encontré un pajarito, aterrido, con una pata rota. Le entablillé la pata, lo coloqué sobre mis senos. Todo el día estuve así. (*Se lleva la mano al pecho como sosteniendo algo*) Se me acalambró el brazo, ¡pero estuve así!

Bruja 1: ¡Qué espléndido!

Lady M.: (*trepa al tobogán*) ¿Les cobran por palabra? La bondad quiere reconocimiento. La generosidad, palabras generosas.

Bruja 3: (*apresuradamente*) Nuestra lengua es torpe. Oxidada. No nuestro cuerpo.

Las 3: (*se desatan en reverencias, alzan las manos al cielo, se arrodillan*) ¡Písanos, nuestra señora! ¡Aplástanos! ¡Degüéllanos!

Bruja 1: Si nuestra lengua calla, ¡nuestra sangre hablará! (*Aparte*) ¡Que no lo tome en serio!

Lady M.: Basta. Sin exageraciones. (*Pausa*) Pero lo tendré en cuenta.

Bruja 1: Tus ojos, ¡qué puros! ¡Qué sensible tu corazón!

Bruja 2: (*bajo*) Con un pajarito.

Lady M.: Exactamente. No soy sorda. Con un pajarito. Que de mí dependía. Necesitado.

Las 3: ¡Nos traés a la razón, señora!

Lady M.: (*se desliza por el tobogán, grita*) ¡Ay! (*Cae en pie. Va a trepar de nuevo, pero se detiene*)

Siempre juego sola. Mi señor guerrea y yo... ¿No quieren...?

Las 3: ¡No!

Bruja 1: Señora, vendrá el rey.

Lady M.: ¡Ah! Lo olvidé, aunque mi excitación me lo decía. ¡Los platos, la vajilla brillante! El rey se alegrará de ver niños pobres a la mesa. Y ellos disfrutarán manjares de rey.

Bruja 1: Si ese extraño capricho te mueve, no pasés del número de uno, de dos a lo sumo.

Lady M.: No, multitudes de niños. ¡Y presos!

Las 3: (*despavoridas*) ¿Qué?

Lady M.: Que salgan los presos ya mismo de las mazmorras. Por una noche los sentaré a mi mesa.

Bruja 3: (*bajo*) Está loca.

Bruja 1: (*contemporiza*) ¿Sólo algunos ladrones, verdad? ¿Los pequeños rateros, los ladrones de gallinas?

Lady M.: ¡Qué cortas son! Los asesinos.

Bruja 1: Señora, el asesino se gana el infierno. Dejalos en el infierno.

Lady M.: ¿Por qué tanta dureza? Es fácil decir no a un postre, a una bebida. ¿Pero a un crimen? No seré yo quien los acuse. No querían el crimen pero eran carne blanda ante el deseo. Y siempre la víctima se ofrece como una prostituta, no sabe sino tentar al asesino. Qué espera un niño llagado, qué una mujer envuelta en un chador humillada a morir. Se ofrecen, putas del dolor.

Bruja 1: Señora, hay ciertos pensamientos que no deben pensarse.

Lady M.: ¿Por qué?

Bruja 1: Porque son muy torcidos.

Lady M.: (ríe) Yo no pienso nada, se lo dejo a Macbeth que lo hace por los dos. Pero un capricho, un impulso del corazón, no es pensamiento. Quiero a los niños pobres sentados a la mesa. A los asesinos. Que los limpian también, la barba recortada, ropa y calzados nuevos. ¿Se imaginan? Fruncirán los ojos ante la luz, no sabrán comer los manjares después de tragarse tanta bazofia. ¡Quiero verlos! Quiero ver cuando el aroma de la paloma asada, del venado, del ciervo, les llegue a las narices. Y me miren, deseándome. (Se toca los pechos) Deseando mi bondad.

Bruja 1: Señora, vendrá el rey Duncan para agradecer a Macbeth. Porque Macbeth ganó la batalla contra los rebeldes, Duncan es rey. Ni los niños roñosos, ni los presos ni los asesinos son compañía propicia.

Lady M.: ¿No conocés el corazón del rey? Se sentirá feliz de que su poder, asegurado por Macbeth en la batalla, le permita juntar en un haz a los nobles y a los miserables. Gozará siendo él la majestad que los une. ¡Ah, mi poder es tanto!, dirá. ¿Un

asesino en mi mesa no me convierte en víctima? Es intocable porque su poder bondadoso —y la lealtad de sus súbditos— convierten su cuerpo en armadura.

Bruja 1: Exactamente. De cualquier modo, mejor no...

Lady M.: Y sólo tiene reconocimiento hacia esta casa. Por los servicios prestados nombró al barón de Glamis —Macbeth— también barón de Cawdor. ¿Acaso no sabían ustedes de estos honores aun antes de que el rey los decidiera? ¿No le habían anticipado a Macbeth su fortuna?

Bruja 1: En el páramo. En secreto.

Lady M.: (triunfalmente) ¡Y yo lo sé por esta carta! (Saca del escote la carta de Macbeth) Le anunciaron a Macbeth: ¡Salve rey, que serás!

Bruja 2: Esas fueron nuestras palabras.

Lady M.: ¡Salve, rey, que serás! ¿Y a quién comunicó la grata nueva? ¡A mí, a su adorada! (Lee) "He creído conveniente enterarte

de esto, mi muy querida compañera de grandeza, para que no perdieras tu parte en el regocijo por ignorar la dicha que nos han profetizado." (*Las mira, feliz. Bromea*) ¿Sorprendidas?

Bruja 1: ¿Cómo vamos a estar sorprendidas si fuimos nosotras las que...?

Lady M.: ¿Debo creerlo o será una mentira de Macbeth?

Bruja 1: Señora, no te burles. Después de todo, fácil es creer.

Bruja 2: Difícil descreer.

Bruja 3: Son dos caras de la misma moneda.

Las 3: (*jocosas*) ¡Parecidas pero no iguales!

(*Suena un flautín afuera*)

Lady M.: ¿Es Macbeth?

Bruja 1: No, señora. Macbeth es anunciado por tambores y el rey por una fanfarria aún mayor.

Lady M.: ¿Qué hora es? Ya muy tarde, ¿verdad? Llegará Macbeth, llegará el rey, ¡y no estaré lista! ¡Debo vestirme! ¡Nada está preparado! ¿Dónde están los manteles? ¿Dónde la vajilla brillante? ¿Los manjares? ¡Oh, Macbeth pondrá el grito en el cielo!

Bruja 1: No, señora. Calma. No te aterrorices que no es digno de tu grandeza. Los manjares están al reparo del fuego en la cocina, la vajilla brillante en la cocina, sobre bandejas. Ya empieza el desfile de sirvientes, cada uno aportando lo que debe. Falta bastante para que aparezca el rey, y Macbeth que lo precede.

Lady M.: ¿Falta?

Bruja 1: Tanto como la concreción de tus deseos. Tranquilizate, señora.

Bruja 2: La agitación afea.

Bruja 3: Salen ojeras, y venitas acá (*se señala la nariz*) y sobresalen los ojos como los de un escuerzo.

Lady M.: (inquieta) ¿Cómo estoy?

Bruja 1: Podrías recostarte un rato. Te convendría.

Lady M.: No hay tiempo.

Bruja 1: Lo hay.

Lady M.: ¿Me lo aseguran?

Bruja 2: Te lo aseguramos como a cada uno la muerte. (Se ataja) Nada personal.

Lady M.: No por eso tu declaración es feliz.

Bruja 2: (rectifica rápidamente) Como la vida, señora. Que es segura hasta que... (un gesto)

Bruja 1: Nosotras nos quedamos a cargo.

Bruja 3: Y no tendrás ocasión de reproche.

Lady M.: Entonces sí. Pero no me recostaré. No podría descansar. ¿Quién podría descansar? ¡Cuerdas tensas mis nervios! (Ríe) Mi médico me recomendó sedantes.

Bruja 1: Conoce tu carácter.

Lady M.: Tomaré una, dos píldoras para que mi corazón deje de latir como loco. (Canturrea) Y me pondré bella para Macbeth y Duncan, el rey. (Sale)

Bruja 1: ¡Uf! ¡Por fin se fue! ¡Qué manera de alborotar por nada!

Bruja 3: Es una mujer sensible.

Bruja 2: Un travesti.

Bruja 1: (le pega un golpe) Hermana, cuidá tu lengua.

Bruja 2: ¿Por qué? ¿Qué es un travesti sino una criatura que no esconde su alma, como todos? La lleva afuera. Prueba de lo que se es en la carne como prueba el vuelo que se es pájaro.

Bruja 3: ¡Poético!

Bruja 1: (carraspea, se pone en papel) ¿Cuándo nos volveremos a ver las tres?

Bruja 2: ¡Ya nos estamos viendo!

Bruja 1: (mirada asesina) ¿En medio de truenos, relámpagos o lluvia?

Bruja 3: Cuando la batahola esté acabada y unos pierdan y otros ganen la batalla.

(Se oye afuera el redoble de un tambor)

Bruja 2: ¡Un tambor! ¡Un tambor! Llega Macbeth.

Las 3: Las hermanas fatídicas en rueda, mensajeras del mar y de la tierra, demos así la vuelta, así y así: tres veces para ti, tres para mí y de nuevo tres veces hasta que hagamos nueve. ¡Quietas ya! El conjuro está cumplido.

Bruja 2: (distraída) ¿Cuál es?

Lady M.: (se oye su voz. Grita el nombre de Macbeth con un graznido insólito, animal) ¡Macbeth! ¡Macbeth! (Entra) ¿No lo vieron?

Bruja 3: (malamente sorprendida) ¡No se tomó el calmante!

Bruja 1: (en lo suyo) En cada lugar del mundo en este instante, el horror estremece las sombras.

Lady M.: Yo busco a Macbeth. En *este* instante.

Bruja 1: El tiempo es un continuo. Siempre estamos en este instante, aquí y más atrás y más adelante. En el tiempo.

Lady M.: Estúpidas. Este instante borra todos los demás. ¡Y todavía no está la mesa puesta! ¿Qué hacen ahí? ¿Entretenidas en qué? ¿En predicciones y conjuros? ¡Ayuden! ¿Para qué están?

Bruja 1: (ofendida) Para decirle a Macbeth que será rey. Ya se lo hemos dicho en el páramo. Y también le hemos dicho a Banquo, su compañero de batalla, que su dicha será menor que la de Macbeth y mayor.

Bruja 2: No tan feliz, y mucho más feliz.

Bruja 3: Macbeth será rey.

Bruja 1: ¡Y Banquo padre de reyes, aunque él no lo será!

Bruja 2: ¡Salve pues a los dos, Macbeth y Banquo!

Bruja 3: ¡Macbeth y Banquo, salve!

Bruja 1: Así se lo dijimos a ambos en el páramo para después desvanecernos en el aire.

Lady M.: ¿Y de mí? ¿Qué dijeron de mí?

Bruja 1: De vos, mujer, no dijimos nada.

Lady M.: ¿Qué determinó el conjuro para mí?

(Las brujas se miran, incómodas)

Bruja 1: ¡Hum!

Bruja 2: Yo no miento. Si el conjuro fuera un caballo, habría salido huyendo, negándose a tu peso en la silla. Y sólo si el conjuro... idiota, te habría abrazado. Perdón. Sólo decimos la verdad.

Lady M.: *(las mira furiosa. Luego, vengándose)* Macbeth me escribió, ¡me llamó su muy querida compañera de grandeza!

Bruja 1: La de él.

Lady M.: ¿Acaso no es la mía?

Bruja 1: Si te conforma...

Bruja 3: ¿Por qué agrega leña al fuego?

Lady M.: ¿Quién dice que me conforma? Sus dulces palabras... sus dulces palabras... *(ríe tontamente. Como a pesar de ella:)* me saben a hiel. ¿Quién tiene la grandeza? ¿Quién la disfruta? *(Explota)* ¡Su compañera de lecho! Su compañero zapato, su compañero manto que se pone y se quita, su corona menor... Yo le daré hijos a Macbeth porque los hijos de Macbeth serán reyes y no los de Banquo. ¡No! ¡Sin hijos! ¡Que se mueran mis hijos si los tengo! ¡Yo seré la hija de Macbeth! ¡Tampoco! Me engendraré a mí misma. ¡Yo seré reina con poder de rey!

Bruja 1: *(se acerca, contemporizadora)* Señora, señora, no te alteres. La jornada será larga, el camino recién comienza. *(Saca un frasquito)* Este frasco contiene jugo de raíces,

raíces secretas hervidas treinta veces, un sorbo da tranquilidad, otro mesura, otro aquiega los deseos. Bebé, señora, te sentirás mejor.

Lady M.: (*rie vacilante*) ¿Mejor?

Bruja 1: Eso mismo.

Lady M.: ¿Más bella?

Bruja 1: Seguro.

Bruja 3: Las palabras de Macbeth volverán a desatar dulzura en tus oídos.

Lady M.: ¿Sus palabras...?

Bruja 1: Eso mismo.

Lady M.: Las de mi amado esposo... (*Bebe*) ¿Y su efecto?

Bruja 1: Instantáneo.

Lady M.: (*sonríe tiernamente, saca la carta de su escote y la besa. Con voz lánguida:*) ¿Dónde está

Macbeth? ¿Y por qué nadie se ocupó de la mesa del banquete? ¡Qué olvidos!

Bruja 1: Sucede. Pero con veinte criados, en un santiamén la mesa estará puesta sin que falte un cubierto, una copa.

Lady M.: ¡Macbeth! ¿Por qué no viene a arrojarse a mis brazos?

Bruja 1: Está ordenando que atiendan su cabalgadura.

Bruja 2: No obstante, ¡ya tiene cabalgadura fresca para esta noche! (*Ríe*)

Bruja 1: No, esta noche no podrá dormir. Y menos cabalgar.

Bruja 3: Si alguien lo hace, será su mano cabalgando un puñal.

Bruja 1: Duncan morirá.

Lady M.: ¿Morirá? ¿Nuestro huésped? Recibiremos su visita y nuestra preocupación será cuidarlo. Que no le falte nada cuando

esté despierto ni cuando esté dormido. Que nuestra hospitalidad sea devolución de gratitud por tanta generosidad de su parte. ¿Están preparando su mesa? ¿Su cuarto? ¡No sé si en su lecho hay sábanas limpias! Velas con el pabilo seco. ¿Y dónde está Macbeth? ¡Que viva su felicidad junto a mí! (Sale, graznando como un animal.) ¡Macbeth! ¡Macbeth!

Escena 2

Las brujas duermen, dos amontonadas sobre la tabla del tobogán, la tercera a los pies.

Entra Lady Macbeth con una luz.

Bruja 1: (entre sueños) ¡Salve, Macbeth, rey que serás!

Lady M.: (la voz la guía. Va hacia las brujas y las despierta brutalmente) ¡Despierten, malditas! ¡Despierten!

- Bruja 1: (cae del tobogán, huye arrastrándose) ¡Eh! ¿Qué hemos hecho? ¡Dormíamos!
- Bruja 3: ¡Un zapato en mi ojo!
- Bruja 2: ¡Y un moretón en mi brazo!
- Lady M.: (consigue aprisionarla) ¡Debiera quebrártelo! ¡Quieta! ¡Quieta!
- Bruja 2: ¡No puedo! Estoy asustada.
- Bruja 1: ¿Por qué tanta ira, señora?
- Lady M.: (subraya con furia) ¡Salve, Macbeth, rey que serás!
- Bruja 1: (tímidamente) ¿No es bonito?
- Lady M.: (de un empujón aparta a Bruja 2) ¡Sí! Como un canto nupcial para celebrar una desgracia.
- Bruja 1: ¿Desgracia?
- Lady M.: Envenenaron su ambición, que era grande mas no luxuriosa. Lo enceguecieron.

Quiere ser rey. Y no puede esperar a que el tiempo se lo conceda.

Bruja 3: *(se acerca, precavida)* Sin esforzarnos, el tiempo no nos concede nada, sólo la muerte a la que precisamente no queremos forzar.

Bruja 1: ¿Lo encontraste por fin? ¿Estaba bien?

Lady M.: Lo encontré, y bastó una mirada a su semblante para saber que cualquiera podía leer en él. ¡Salve, Macbeth, rey que serás! ¡Serás!, y en este futuro Duncan lo estorbaba.

Bruja 2: *(contenta)* Y cuando alguien estorba... *(se guillotina la cabeza)*

Lady M.: El servicio y la lealtad forman parte de mi deber y su cumplimiento incluye la paga, decía Macbeth, pero su apetito no es el mismo después de escuchar la profecía. La paga se le ocurre miserable, y el servicio y la lealtad obstáculos, y como tales borrados del camino. Sin embargo vacila. La duda, que con diferentes

espuelas hinca el mismo caballo, lo lleva de la feroz impiedad hacia el rey Duncan a la más tierna de las misericordias. Dijo Macbeth: no seguiremos adelante con esto, y me miró como si yo fuera su cómplice. Pero yo no había pronunciado palabra.

Bruja 1: No importa estar muda, señora. Es conveniente. Él te dirá a su hora las palabras que quiere escuchar. Y aumentará su amor por vos porque tu lengua será un espejo de su lengua.

Lady M.: ¿Es posible... es posible sin que disminuya el mío, el amor que le tengo?

Bruja 2: Si el tuyo disminuye, podrá soportarlo.

Bruja 3: Si un hombre como Macbeth no encuentra medias en un cajón, buscará en otro.

Lady M.: Una vez me dijo que tocaba mi carne como si fuera tierra, menos que tierra. Por un segundo lo odié. ¿Pero qué carne aguanta el roce de los años? Está bien que la suya todavía me hablaba, pero

una mujer envejece más rápido. Y estaba contrito de su confesión, más contrito que del deseo de un crimen. Y yo le dije: Macbeth, Macbeth, pobrecito, con culpa del desamor. Y en la oscuridad del lecho, tomé su cabeza entre mis brazos, le di razones, lo conforté, era mi niño que había cometido la travesura de no amarme.

Bruja 2: ¿Cómo fuimos a parar a esto?

Bruja 1: Porque siendo mujer es un tema importante.

Lady M.: Cuando despertó era de nuevo Macbeth, el que me amaba. Tenía sus batallas, sus trabajos de hombre, su ambición de hombre.

Bruja 1: ¿Y acaso la tuya, tu ambición, no es menor?

Lady M.: No es menor porque lo amo. Y corro tras su ambición para no retardarme, como corre una perra tras su dueño a caballo. Más allá de estas cuatro paredes, más allá de la mesa aparejada para el rey,

más allá de los platos y cubiertos brillantes, lo amo, a él, tan cobarde como para tener miedo de mis palabras y ponerme sólo las suyas en la boca.

Bruja 1: Ya lo aceptaste, señora mía. No tendrás más remedio que pronunciarlas. Harás tuyas sus intenciones. ¿Acaso no vivís *para* él? ¿Acaso... no deseás ya la muerte del rey Duncan *por él*?

(Lady Macbeth la mira fijamente. Sin dejar de mirarla, retrocede)

Escena 3

Lady Macbeth en camisón. Las brujas, con aspecto de aterradas, juntas en el suelo, se cubren la cabeza con las ropas. A veces espían, apenas se mueven, siempre agachadas.

Lady M.: Ya lo hizo. Y lo que hizo, mi lengua no puede pronunciarlo. ¿Qué me dirá

Macbeth que diga? (Ruega) ¡Por Dios!, que cuando desate mi lengua la desate como el nudo de un regalo. Pero no sé, no sé... ¿Quién la desata ahora? (Se rehace, erguida) Quiero contar que Duncan, el rey generoso, el rey benévolos, partirá en la mañana con su escolta. (Ríe) ¡Con qué apetito comió en nuestro banquete!, sin niños ni ladrones. Macbeth me hizo observar que ofendería al rey con ese deseo pueril de sentarlos a la mesa. Los unos no salieron de la calle, los otros de las mazmorras. No sé qué ocurrió con ellos cuando después de la orden llegó la contraorden. Se alegraron seguramente porque el sorbo de la felicidad es un veneno para estómagos no acostumbrados. Pueril, dijo Macbeth con dulzura. Cuando mi amada queda sola, la asaltan pensamientos pueriles, (subraya) dijo Macbeth con dulzura. Pero yo no pensaba. Macbeth, Banquo, y los nobles leales brindaron con el rey en esa larga mesa que no tuvo niños ni ladrones... (se petrifica. Niega, lucha con lo que va a decir) que no tuvo niños ni ladrones... pero sí un asesino. (Se calla, absorta. Luego sonríe, →)

rehaciéndose) Duncan disfrutó los manjares, la paloma asada, el ciervo... Elogió nuestro vino. Por medio de Banquo me envió un diamante proclamándome la más amable de las anfitrionas, y se retiró a sus aposentos (cambia a un tono duro, exasperado) para ofrecerse como víctima, puta confiada, que agradeció con honores los favores de un traidor. No fue Macbeth, no fue de Macbeth la idea, fue Duncan quien puso la cabeza en el tajo. Fue Duncan quien movió el puñal en la mano de Macbeth y lo dirigió a su pecho para que el puñal lo atravesara. ¡Mátame, mátame! ¿Por qué no desconfió de Macbeth como se desconfía de un chacal? ¿Por qué no cerró su cámara con veinte cerrojos? ¿Por qué no durmió junto a sus hijos en vela, atentos a las sombras, la mano en las espadas, para no ofrecerse al crimen? Puta confiada. (Ríe) ¿Y cómo Duncan no habría de confiar en Macbeth si Macbeth peleó por Duncan? Y en la batalla arriesgó valerosamente su vida. Pero ahora sólo pelea por él y habrá que poner las barbas en remojo (rie) o guardar las manos bajo el agua.

Nadie escapa de la batalla de Macbeth. Y así como dispone palabras en mi boca, mueve mi cuerpo en acciones que mi cuerpo no quiere. Yo lo ayudé. Flaquéó a último momento y dejó sin borrar las huellas de su culpa, ¿o fue culpa de Duncan por ofrecerse al crimen? ¿Y quién pagaría esa culpa, de impreciso dueño, sino los guardias dormidos por la droga en el vino? No despertaron cuando murió el rey y del sueño pasaron a la propia muerte a manos de Macbeth. ¡Ah, sí!, la culpa imprecisa busca dueño y cuando no lo encuentra cae sobre cualquiera. Macbeth dio muerte a los guardias, indignado, fuera de sí, implacable en su dolor, al ver que compartían en ropas y dagas la sangre del rey. ¿Cómo resistir el impulso de su amor violento, ¡morir el rey y sus asesinos vivos!, quién hubiera podido contenerse? ¡Ciento, cierto! Son las palabras de Macbeth y nadie dude. ¡Son mis palabras! Las... (duda) más... Los hijos del buen rey Duncan sobornaron a los guardias, está probado, y la línea flotante de la culpa se cierra como un círculo donde la culpa es feliz con varios dueños.

Ellos instigaron el crimen de su padre. Vergüenza: ¿quién lanzó esta calumnia? ¡No es calumnia! En la mañana huyeron, ¡y la huida los acusa! El cadáver de nuestro bondadoso rey Duncan fue llevado al cementerio. Llorado fue. ¡Macbeth es rey!

Escena 4

Lady Macbeth y las brujas. Lady Macbeth sostiene un bastidor en su regazo. Absorta, ha dejado la mano con la aguja suspendida en el aire. De espaldas a los juegos pero mirando hacia ellos, en fila, tomadas de la cintura, las brujas se mueven cantando.

Las 3: Pasos para acá
pasos para allá
atrás, atrás
los juegos están
¡los juegos están!

Bruja 1: Hoy se nos antojó jugar. ¿Podemos, señora? ¡Señora!

Lady M.: Pueden.

(Las brujas se abalanzan hacia los juegos con grititos, nerviosas risas de excitación)

Bruja 1: ¡Vení con nosotras, señora!

Bruja 2: ¡Tu mano está demasiado pensativa! (Ríen)
¡Que no lo sepa Macbeth!

Bruja 3: ¡Oh, cuánto placer da este trepar, hamacar y deslizar! (Rodean a Lady Macbeth)

Bruja 1: Vení, señora. Te abandonarán los pensamientos trágicos.

Lady M.: Pueriles, dijo Macbeth. ¡Y yo no pienso!
(Entre todas, insistiendo sin rudeza, casi tiernamente, la suben al tobogán) ¡No...! No...
(En la cima, la empujan hacia abajo, ella cae blandamente)

Las 3: ¡Despertá, señora! ¡Jugá con nosotras!

Lady M.: (despierta para mirarlas con enojo) ¡Basta!

Bruja 1: Bordabas, y no bordabas, con la aguja en el aire. Fue para despejarte, señora.

Lady M.: Despejarme, ¿de qué?

Bruja 2: De algunas nubes negras. Pesadas, catástroficas.

Bruja 1: (rápida) ¡Pero ya pasaron! Hablemos de otra cosa. ¡Todas las noches hay banquete! ¡Qué magnificencia! ¿A quién se honra esta noche?

Lady M.: A Banquo.

Bruja 2: ¡A Banquo! ¡Cuyos hijos serán reyes!

Bruja 1: (una mirada asesina. A Lady Macbeth) No tiene importancia.

Lady M.: El banquete... Fue ayer. Ayer, ¿no? Banquo debía ser nuestro invitado principal. Siempre fue leal al rey Duncan, que murió, ¿lo saben?

Bruja 3: Con pena lo sabemos.

Bruja 1: ¡Con alegría por Macbeth!

Lady M.: Banquo conversaba con Macbeth, ahora su rey, barón de Cawdor y de Glamis. ¡Y

qué se leía en el semblante de Banquo? Ni pena ni alegría: recelo. Si sos rey, Macbeth, temo que jugaste muy sucio para ello, se leía en su semblante. Mostraba obediencia y respeto, ¡y acusaba a mi Macbeth! Quería partir para calumniarlo ante los nobles. ¿Qué se hará?, pregunté a Macbeth y él esperaba mi pregunta.

Bruja 1: La había puesto en tu boca.

Lady M.: ¡Sí! Y apenas la puso, la hice mía. ¿Qué se hará?, con Banquo, con sus sospechas. “Sé inocente de este conocimiento, querida mía, hasta que puedas aplaudir la acción.”

Bruja 1: ¡Cómo te cuida ese corazón amoroso!

Bruja 2: ¡Salve, Macbeth, que serás rey!

Bruja 3: ¡Salve, Banquo, cuyos hijos serán reyes!

Lady M.: ¡Y cómo cuida a Macbeth mi corazón, no menos amoroso! Lo vi intranquilo, taciturno. Es rey y no goza de lo que tanto

ha deseado. (*Suenan unos golpes sordos.* Lady Macbeth:) ¿Campanas? ¿Quién tañe campanas a esta hora?

Bruja 2: No son campanas. Quizás alguien golpea un aldabón de trapo.

Bruja 1: (*espía hacia afuera. Se vuelve*) Señora, un invitado. Pero faltando a la cortesía, se invita descortésmente. ¿Invitación, pliego, tarjeta? Nada trae. Ninguna excusa y en lugar de la puerta atraviesa el aire.

(*Aparece el fantasma de Banquo. Es una figura alta, de un sobrenatural volumen. Cuando habla, a veces lo interrumpe un ronquido, a veces termina sus frases con un jadeo estertoroso*)

Banquo: ¿Me reconocés, señora?

Lady M.: Te reconozco, Banquo. No sé cómo en tan breve tiempo cambiaste tanto, pero te reconozco. Son los huesos de Banquo los que están en esa envoltura tan extraña.

Banquo: Ya te explicaré el porqué, señora.

Lady M.: Banquo, ¿no habías partido?

Banquo: Partí sin saberlo hacia un reino oscuro que aún no conocés, señora.

Lady M.: ¿No explicaste que cabalgarías tomando quizás una o dos horas a la noche para retornar después y asistir al banquete? Qué accidente te ocurrió que nos privó de tu presencia en el momento en el que te esperábamos y aparecés ahora, cuando nadie te espera. ¿Lo sabe Macbeth?

Banquo: Ya me presenté ante Macbeth. Estuve en el banquete, aunque no comí ni bebí ni me senté a la mesa.

Lady M.: ¿Fuiste vos quien turbó el ánimo de Macbeth, aunque nadie, salvo Macbeth, te vio?

Banquo: Fui yo, aunque nadie me vio, salvo Macbeth.

Lady M.: ¿Y por qué eso?

Banquo: La acción que ignorabas ya está hecha. Y soy la prueba. Podés aplaudirla por lo

tanto, como dijo Macbeth. ¡Aplaudí, señora! (Bate lúgub्रamente las manos)

Lady M.: No es tu lúgubre aplauso el que voy a imitar. Torcés sus rectas intenciones. Macbeth se refería a conversar con vos, íntima y noblemente. Esa era la acción que prometía. Tu semblante lo acusaba, y él pretendía demostrarre su inocencia. ¡Ordenó un banquete para agasajarte!

Banquo: El agasajo insincero, en manos de Macbeth, es fatal traición, señora.

Lady M.: Y el ingrato que considera insincero el homenaje franco, el don sincero, no merece recibir uno ni otro. ¡Fuera de aquí, traidor!

Bruja 1: ¡Con habilidad devuelve la pelota!

Lady M.: ¡Fuera! Márchate a tus tierras y que nunca sepamos de vos. Y si tus tierras no te gustan, que te trague el mar, ¡un precipicio! Si envidiás a Macbeth, ¡el cementerio es tu lugar!

Banquo: No me tragará el mar ni un precipicio. Resido en una zanja, la cabeza hendida por veinte profundas puñaladas, la menor de las cuales bastaba para darme muerte.

Lady M.: ¡Entonces, al cementerio! Pero no en una zanja. ¡Bajo tierra!

Banquo: Un cadáver no se entierra a sí mismo.

Lady M.: ¡Yo te enterraré con mis propias manos! (Afloja el tono) Si de verdad estás muerto, si lo necesitás para tu descanso.

Banquo: ¿Para el mío o el de tu esposo? Ya no duerme. No por culpa de su crimen.

Brujas: ¡No uno solo sino muchos! ¡Como frutos!

Lady M.: No duerme porque... No es fácil ser rey.

Banquo: Porque los hijos de Duncan se vengarán. Porque mi hijo, que pudo huir de la emboscada, se vengará.

Lady M.: Justo es que un hijo vengue la muerte de su padre, pero no en carne inocente

sino en la de sus asesinos. ¡Ésos, ésos que te sorprendieron con sus puñales, ésos deben pagar!

Banquo: ¿Quién los mandó, señora?

Lady M.: ¡Nadie que yo sepa!

Banquo: Un antojo de los asesinos entonces. Una diversión inocente.

Lady M.: ¡Estás mintiendo!

Banquo: No dije nombre. ¿Mintiendo sobre qué o quién?

Bruja 1: Como siempre piensa en Macbeth, la embarró.

Lady M.: (furiosa, a las brujas) ¡No he nombrado a Macbeth!

Banquo: Lo has nombrado, lo has gritado en el vapor de tu aliento. (Jadea)

Lady M.: ¿Por qué jadeáis? ¿No decís estar muerto? ¿Dónde se ha visto que los cadáveres

jadeen como viejos con el catarro atra-
gantado?

Banquo: En el reino mal habido de Macbeth, se-
ñora.

Lady M.: ¡Llamaré a Macbeth! ¡Llamaré a los guar-
dias...!

Banquo: Me cortarán el pescuezo. Pero ya lo ten-
go cortado, señora. Dudo de que con un
nuevo corte salga sangre.

Lady M.: No lo asustarás. No me asustarás a mí.
Los espectros no hablan, aunque muevan
la cabeza. No sé qué magia negra me obli-
ga a escuchar tus palabras y te reanimó,
cadáver. Envidiás a Macbeth, le deseás
mal. ¿O estás vivo y te disfrazaste de muer-
to? Tené cuidado porque es un disfraz
que no se arranca.

Banquo: El amor hacia Macbeth te hace delirar.
Pero me has visto, como me vio Macbeth
en el banquete, y estás tan pálida y tras-
tornada como él, en el banquete.

Lady M.: ¿Y cómo no estarlo si te presentás ante
mí con ese aspecto? (Para sí) Banquo
era de complexión avara, corta estatu-
ra. Siempre debía torcer el cuello hacia
abajo para encontrar sus ojos, entonces
leales.

Banquo: Si era mezquino de cuerpo, la muerte
engorda y engordan los gusanos que nos
comen.

Lady M.: (no lo oye. Cavilosa) Banquo sería capaz
de renunciar a sus bienes en la tierra, a su
sangre caliente, para perjudicar a Mac-
beth, para que corra la noticia de que
asesinó al buen rey Duncan y contrató ase-
sinos para Banquo...

Brujas: ¡Salve, Banquo, cuyos hijos serán reyes!

Lady M.: No te vayas ahora. ¡Quedate aquí, fantas-
ma! Quedate aquí, si sos Banquo, repre-
sentación de Banquo o de la envidia.
Llamaré a Macbeth y verás. (Grita con su
graznido animal) ¡Macbeth! ¡Macbeth!
(El fantasma de Banquo desaparece) ¿Dón-
de está?

Bruja 1: Humo, señora.

Lady M.: ¿Por dónde se fue? ¿No lo vieron?

Bruja 1: Sólo vimos –oímos– que gritabas, señora.

Lady M.: No atravesó puertas ni ventanas, como un mortal. Y si ya no era mortal –porque un cadáver no lo es– ¿cómo discurría? ¿Quién era?

Bruja 1: El crimen de Macbeth, señora.

Lady M.: (*inmóvil un momento. Luego ríe*) ¡Otra vez! ¡Vaya insistencia! El niño Macbeth, con una honda, se entretiene volteando los pájaros a tiro.

Bruja 1: En los hombres, el puñal es buen reemplazo e igualmente eficaz.

Lady M.: (*absorta*) ¡Cuántos caen sobre mí...! (*Mira a la bruja*) ¡Qué observación maligna! ¿Pero quién es este señor que mata y mata? ¿O habrá deleite en ser asesinado por Macbeth?

Bruja 1: Basta de eso, señora.

Lady M.: Ustedes vieron esa criatura horrible que decía ser Banquo, ¿verdad?

Bruja 2: Su espectro vimos. Somos brujas.

Bruja 3: Clarividentes. Atravesamos piedras con la mirada. Túneles y montañas. Ningún esfuerzo nos requiere mirar sea lo que fuere, sólidos o líquidos.

Lady M.: Pero si sólo el asesino padece el castigo de ver el espectro de su víctima, ¿por qué yo lo vi? (*Silencio de las brujas*) No tienen para mí conjuros ni profecías. ¿Tampoco respuestas? (*Silencio. Toma el rostro de la Bruja 1a. entre sus manos. Convinciente, con falsa dulzura*) Brujita, ¿no hay una respuesta para mí? ¿Cuál es? ¿Mi amor por Macbeth me hace cómplice? (*La deja*) Macbeth no mataría a nadie sin razón. Las razones se fabrican, señora, ¿es lo que van a decirme? ¿Que Macbeth imaginó traiciones, fraguó agravios, supuso deslealtades? Justas razones si... si fueran ciertas... para

suprimir al enemigo. ¿Pero quién decide el grosor del agravio, el filo entre la traición y el derecho, la justicia del poder que nos pertenece? Sólo un alma noble. ¿Qué pudo decidir un alma noble pero perturbada como la de Macbeth? (Absorta) Temo... (A las brujas. Furiosa y desesperada) ¡Quiero un conjuro! ¡Quiero un conjuro que me vuelva inocente!

Escena 5

Las brujas.

Brujas: Que arda el fuego y que hierva el caldero que aumente la fatiga y la confusión que arda el fuego y que hierva el caldero ¡Macbeth, cuídate de Macduff! ¡Macbeth, cuídate del barón de Fife!

Bruja 2: Yo no contestaré más las preguntas de Macbeth.

Bruja 1: Las contestaremos torciendo las respuestas a su agrado.

Bruja 3: Sí. De otro modo, ¿cómo? Macbeth es dueño de todas las preguntas, ¿y quién queda mudo ante la pregunta de un rey?

Lady M.: (entra, la oye) ¿Qué preguntaba Macbeth?

Bruja 2: ¿Estás repuesta, mi señora? ¡Oh, qué alegría!

Lady M.: ¿Qué preguntaba?

Bruja 1: Ah, mi señora. No debés saber lo que sólo es asunto de Macbeth y del infierno.

Lady M.: ¿Cómo? ¿Del infierno?

Bruja 1: Del cielo, digo.

Lady M.: (sonríe vagamente) Y entre el cielo y Macbeth, ¿qué papel representan?

Bruja 2: ¡El del infierno!

Bruja 1: *(le pega un codazo)* Sólo el de responder las preguntas de Macbeth. Y augurarle venturas, que merece y desea.

Lady M.: ¿Sí? Su cerebro está ofuscado. De verdad las necesita... las venturas.

Bruja 2: *(apresurada)* Como cualquier otro. No. Más que cualquier otro. *(Se embrolla)* Menos que cualquier otro. Bueno, las necesita porque es Macbeth. *(Mirada desesperada a las otras)* ¡Menos y más que Macbeth! *(La bruja 1a. le tapa la boca)*

Lady M.: El hijo de Duncan se apresta a combatirlo. Macbeth requirió la presencia del noble Macduff, lo quería a su lado. Envío un mensajero a su castillo, pero nuestro mensajero fue despedido con un rotundo "no". Ahora Macbeth también tiene la preocupación por Macduff, que se ve bien es un traidor. Aunque, entre la traición y el derecho... *(Reacciona)* ¿Sobre Macduff les preguntaba?

Bruja 1: Sí, sobre Macduff y la guerra.

Lady M.: ¿Lo han tranquilizado?

Bruja 1: Oh, sí, muchísimo.

Bruja 2: Macduff es un cero a la izquierda. Si se corre a la derecha, no sumará.

Bruja 1: Porque le dijimos a Macbeth, consulta con el caldero mediante, que ninguno a quien una mujer haya dado a luz, podrá dañarlo.

Bruja 2: Que Macbeth no será derrotado en ninguna batalla hasta que el gran bosque de Birnam suba en son de guerra al elevado monte de Dunsinane.

Bruja 3: Y dijo Macbeth: ¿quién podría movilizar un bosque, ordenar a los árboles que se desarraiguen?

Bruja 2: ¡Dulces predicciones!

Bruja 1: ¡Mucho!

Lady M.: Aunque un rey debiera sospechar cuando a sus preguntas sólo hay buenas respuestas.

Bruja 1: ¿Qué pasa, señora? No te pongas a cavilar después de estas noticias. Para que te alegraras te referimos lo que aún es secreto, salvo para Macbeth. Contrariamos nuestra naturaleza al darte cuenta de lo que sucedió en una caverna sombría, con un caldero donde cocinamos ojo de lagartija y pulgar de rana, pelos de murciélagos y lengua de perro, aguijón de culebra...

Bruja 2: (*la interrumpe*) ¡Tantas cosas!

Lady M.: Para dulces predicciones, ¿tal caldero?

Bruja 2: La perversidad lo necesita, señora. ¡Que arda el fuego y que hierva el caldero!

Bruja 1: (*le pega un codazo*) Es la costumbre de las brujas cocinar tales basuras. Perdón.

Bruja 3: (*con una voltereta*) ¡Perdón si somos buenas! ¡Perdón si somos malas!

Bruja 1: Con vos, sólo lo primero, señora.

Lady M.: Entonces, ¿el poder de Macbeth ya no desconfía de Macduff?

Bruja 1: Oh, sí, desconfía mucho menos.

Bruja 2: Y mucho más. Porque cuando terminó nuestro conjuro, llegó la noticia, no conjurada, de que Macduff huyó a juntarse con los enemigos de Macbeth.

Lady M.: Y Macbeth se encogió de hombros, ¿verdad? Nadie le hará daño. Su grandeza pasa sobre el miedo como el viento sobre las espigas. Y como el viento, se aleja de las espigas que en lugar de dar fruto se secaron.

Bruja 1: Otra es su idea, señora. Macbeth tomará por sorpresa a Macduff, se apoderará de Fife, pasará a degüello a su esposa, sus hijos y a todos los infortunados que pertenezcan a su linaje. ¡No perdonará ni a los criados!

Lady M.: ¡Macbeth, mi Macbeth no hará eso!

* || Bruja 1: ¡*Tu* Macbeth no! Pero *su* Macbeth, el que está en la ambición de Macbeth, sí.

Lady M.: ¡Brujas malditas! Que lanzan predicciones para enturbiar los ánimos serenos.

“¡Salve, Macbeth, rey que serás!” Lo enceguecieron. Él no lo pensaba. Jamás lo habría pensado mi Macbeth, y menos cuando regresaba de la batalla, contento de haber luchado y vencido por nuestro buen rey Duncan. Si se manchó las manos con sangre fue porque lo enceguecieron esa noche quitándole la sensatez. Perdió el juicio. ¡Hasta imaginó un puñal en el aire que lo guiaba hacia la cámara de Duncan y lo impelía a clavárselo en el pecho!

Bruja 1: ¿Y qué sensatez perdió para Banquo, señora? ¿Qué imaginó? ¿Tres asesinos en el bosque?

Lady M.: ¡Lo enceguecieron!

Bruja 2: ¿Tantas culpas sobre nuestras espaldas?

Lady M.: ¡Y ahora Macduff y la mujer de Macduff y sus hijos! ¡No lo creo! ¡Si incubaron esos pensamientos en la cabeza de Macbeth, matará esos pensamientos como a piojos! Podrá ser cruel con sus iguales, pero jamás tocará Macbeth el cabello de

un niño. Sabe que si toca a un niño será rechazado hasta por el mismo infierno.

Bruja 1: Oh, señora, no exagerés. Los niños son tocados desde antiguo.

Bruja 2: Su ingenuidad me commueve. Vive en una pecera y cree que es el mundo.

Bruja 3: ¡Donde el único pez es Macbeth!

Bruja 1: Calmate, señora. ¿Querés ver lo que ocurrirá?

Lady M.: Sí, quiero ver lo que *no* ocurrirá. Muchos errores ha cometido Macbeth, y por esos errores paga con su sueño. Si hoy es el mañana y el ayer, jamás en el tiempo obrará Macbeth la muerte de la esposa de Macduff y menos de sus hijos. ¡No es un carníbero, mi Macbeth! Sólo un hombre con ambiciones. Si alguien tiene culpa, soy yo, que no supe detenerlo.

Bruja 1: ¡Oh, lo defiende a capa y espada! Cuánto disculpa un corazón amante.

Bruja 3: ¡Con qué generosidad sin tino!

Lady M.: ¿Sin tino? Nunca mejor usada. Yo no soy generosa. No disculpo siquiera.

Bruja 3: Si lo decís...

Lady M.: Sólo comprendo.

Bruja 1: Mucho a Macbeth: nada del resto. ¡Ah, señora! Que tu comprensión te ayude. ¿Querés ver la carnicería que acometerá Macbeth con la familia de Macduff o dudas de tu entereza?

Lady M.: ¿Dudar de mi entereza? Sólo fallará si me hacen víctima de un sortilegio y me encantan como para contemplar lo que Macbeth jamás hará.

Bruja 1: El tiempo es un continuo. Ya lo hizo Macbeth y lo hará.

Bruja 2: Y no tenemos poder sobre lo hecho.

Lady M.: (se sienta, desafiante) ¡Que venga la venganza de Macbeth contra Macduff! Ha

sido desleal, pero la venganza de Macbeth será la de un amigo. "No te siento a mi lado porque estoy resentido de tu mirada menos amorosa hoy que otros días."

"Porque me temiste como para huir y yo te amaba." Eso dirá Macbeth cuando encuentre a Macduff. Y además, ¿por qué Macbeth sería tan cruel, cometería esos crímenes si le han prometido que nadie parido por mujer le causará daño?

Bruja 1: Mejor asegurarse, y Macbeth se asegura.

Bruja 2: Quiere que la seguridad sea dos veces segura aliándose con el destino.

Bruja 1: Vos decidirás, señora, si lo que vas a ver es sortilegio o realidad. ¿Estás dispuesta?

Lady M.: Sí. Porque ya sé que es sortilegio.

Bruja 1: Callate, mi señora, y no dejés que lo que no querés ver te impida contemplar lo que verás.

(Las brujas actúan la escena en el castillo de Macduff. Toman los roles de Lady Macduff, de Ross, del hijo de Macduff, del mensajero y

del asesino. Los representan con obvio artificio pero apegadas al rol)

L.Macduff: ¿Pero qué ha hecho mi esposo para huir así?

Ross: Paciencia, señora.

L.Macduff: Él no la tuvo. ¡Qué locura su partida! Su miedo nos hace aparecer como traidores cuando no lo somos.

Lady M.: ¡No lo son! ¿Han visto?

Ross: Hasta qué punto es miedo o es prudencia...

L.Macduff: ¿Prudencia dejar a su esposa, dejar a sus hijos, sus bienes y su casa en un lugar del cual él mismo huye? ¿A eso llamás prudencia? No, falta de sentimientos. No nos quiere. Esa es la razón.

Ross: Tu enojo te extravía. Macduff es un hombre noble, prudente, y conoce las convulsiones de esta época donde un corrupto se sienta en el trono y un sabio honesto es corrido en la calle y termina mal a

veces. Me voy, señora. Seguir aquí sería mi desgracia y tu pesadumbre. (Al niño) Que Dios te bendiga. (Falsa salida)

Lady M.: (desafiante) ¿Dónde están los asesinos? ¿Dónde la sangre? Sólo Lady Macduff en su corte, preocupada. Y por Macduff que no obró bien.

Bruja 1: ¡Sssss!

L.Macduff: Aun teniendo padre, no lo tiene. Niño mío, tu padre ha muerto. ¿Qué harás ahora, cómo vivirás?

Niño: Viviré como los pájaros, señora.

L.Macduff: ¿Ah, sí? ¿De insectos y lombrices?

Lady M.: (ríe) ¿Oyen? Macduff los abandonó y llegará la mano clemente de Macbeth para ayudarlos. (Ríe) ¡Insectos y lombrices!

Bruja 1: Callate, señora. Y menos ríás.

Niño: Aunque afirmés lo contrario, mi padre no está muerto.

L.Macduff: Sí, lo está para nosotros, niño mío.

Niño: ¿Es un traidor?

L.Macduff: Sí.

Niño: ¿Qué es un traidor, madre?

Bruja 3: *(ahueca las manos junto a la boca, susurra)*
¡Macbeth...! Macbeth...

L.Macduff: Alguien que jura en falso y miente. Cada uno que lo hace es un traidor y debe ser colgado.

Niño: ¿Deben colgar a todos los que juran en falso?

L.Macduff: A todos.

Niño: ¿Y quién se encargará de ahorcarlos?

L.Macduff: Pues los hombres honestos.

Niño: Entonces, los perjuros y mentirosos son idiotas. Hay perjuros y mentirosos suficientes como para derrotar a los hombres honestos ¡y ahorcarlos a todos!

L.Macduff: *(lo abraza)* ¡Ah, mi pobre monito! ¿Cómo vas a arreglarte sin un padre?

(Falsa entrada del mensajero)

Mensajero: ¡Dios te bendiga, señora! No me conocés, pero yo conozco tu posición. Te amenaza un gran peligro. Si querés seguir el consejo de un hombre humilde, que no te encuentren aquí. Tu salvación exige que abandonés ya mismo este lugar y que tus hijos lo abandonen. ¡Huí, señora! Soy muy rudo al asustarte de este modo pero peor sería la feroz crudidad que te amenaza. ¡Que el cielo te proteja! No me animo a quedarme aquí por más tiempo. *(Finge salida)*

Lady M.: ¡Oh, falso mensajero! ¡No le prestes oídos!

L.Macduff: ¿Adónde huir? ¿Por qué? No he hecho daño a nadie.

Lady M.: ¡Y Macbeth no te hará daño!

L.Macduff: Sin embargo recuerdo que en este mundo hacer daño es a veces loable y hacer

el bien es a veces tomado por locura peligrosa. ¿De qué me sirve, entonces, esta defensa femenina de decir: no he hecho daño a nadie?

Bruja 1: ¡La pobre mujer habla ya como víctima!

(Las brujas imitan sonidos ahogados de gritos y llantos. Falsa entrada del asesino)

Asesino: ¿Dónde está tu esposo? El traidor Macduff.

L. Macduff: En ningún sitio lo suficientemente maldito como para que alguien de tu calaña pueda encontrarlo.

Asesino: Es un traidor.

Niño: ¡Estás mintiendo, canalla hirsuto, alimaña peluda!

Bruja 3: *(explicativa, saliendo de su papel)* Tengo pelo, mucha barba.

Asesino: ¿Qué te has creído, gusano? *(Lo apuñala)* ¡Semilla de traidor!

Lady M.: *(se incorpora violentamente)* ¡Asesino!

Bruja 1: ¡No interfieras! ¡Sentate, señora!

Niño: ¡Muero, madre! ¡Huí, por favor! ¡A salvo, a salvo...! *(Muere)*

L. Macduff: ¡Asesino, asesino! *(Trata de huir)* ¡Al asesino!

(El asesino la persigue, la toma de los cabellos y le da muerte)

Bruja 2: ¡Fin!

(Todas saludan hacia Lady Macbeth)

Bruja 1: ¿Qué te ha parecido, señora? ¡Hablá!

Bruja 3: *(resentida)* No ha aplaudido.

Lady M.: *(sonríe indecisa)* Lo inventaron.

Bruja 1: Ya está hecho, señora. Vos lo viste.

Lady M.: ¿Por quiénes lo vi? *(Señala)* Vos eras Lady Macduff, y vos el niño, y vos el asesino.

¿Cómo creer veraz una representación tan torpe?

Bruja 2: Sin embargo, no estuvimos tan mal. (*Ofendida*) ¿Acaso no éramos convincentes?

Lady M.: ¿Convincentes? Tan poco lo fueron que no alcanzaron realidad ni me tocó sortilegio ni magia si las hubo. Mucha imaginación se necesita para creer en esos crímenes. ¿Dónde están los cadáveres? ¿Dónde la sangre? Me lavaré los ojos y se borrará la visión, que es más bien cómica.

Bruja 1: Si no nos creés, dejá que el tiempo ponga las cosas en su sitio.

Lady M.: ¿Cuál?

(*Largo silencio*)

Bruja 1: Mirate las manos, señora.

Escena 6

Lady Macbeth y las brujas.

Lady M.: ¿Por qué todo el mundo acusa a Macbeth sin pruebas? Cuando murió Duncan, para salvar a Macbeth, yo embadurné con su sangre los rostros de los guardias y coloqué las dagas desenvidadas a sus costados. ¿Era yo o era la mujer que amaba a Macbeth? Después, mi acto se borró y esas –la sangre en los rostros, el filo enrojecido de las dagas– fueron las pruebas verdaderas del crimen. ¡No hubo otras! Macbeth estaba limpio, con sus ropas de dormir yacía a mi lado, sumido en un sueño que después de esa noche nunca más tuvo. Todos dormían, Duncan, los hijos de Duncan, los guardias borrachos como esponjas, mi señor a mi lado. Y todos despertaron de golpe, hasta los muertos. Macbeth saltó del lecho. Dijo: Me pareció que oí una voz gritando: ¡No duermas más! ¡Macbeth asesina al sueño! ¡Macbeth no dormirá más!

Bruja 1: Macbeth es, a pesar de sus errores, un alma tierna. Vendrán épocas de crímenes

felices, donde el poder ignorará las muertes que ocasiona. Las decidirá sin imaginarlas y sin perder el sueño.

Lady M.: Arduo es no dormir si el sueño no da respiro a la conciencia. Por suerte la mía está detrás de una puerta de hierro, mil cerrojos, y mi amor por Macbeth no dejará que la atraviese. ¿Qué no haría yo por él? (Toma un espejo pero no se mira) Pálida y trastornada, dijo Banquo o su espectro. Y dijo: tu amor por Macbeth te hace delirar. ¿Delirio? ¡Ah, sí! Esta es mi lengua, no la lengua de Macbeth. ¿Por qué ya no pone palabras en mi boca? Entonces, ¿qué se puede esperar de esta lengua sino despropósitos? (Con cautela alza el espejo, lo mira oblicuamente, a la distancia) Espejo, mostrame agua de mar donde perderme o nacer de nuevo. Así... tal vez... (Lo arroja. Reprime el gesto de mirarse las manos) ¡Qué extraño impulso! (Ríe) Una voz me llama para obligarme a salir de mí misma. ¡Señora, señora!, dejame salir de vos, aquí me asfixio como un animal encerrado en un sótano. (Recorre su pecho con las uñas) ¿Por eso araña, rasca

las paredes? ¿Por eso sufre? (Ríe) ¿Y qué me atañe? ¡Nunca nos conocimos! Estuvo callada tanto tiempo como para creer que no existía. Sin embargo, esa desconocida me turba y la deseo. Por qué, si me aterra más que Banquo o su espectro, o la sangre de la mujer de Macduff y de sus hijos. ¿Quién soy? ¿Cuál mi naturaleza? ¿Acaso soy un hombre y sólo llevo vestidos de mujer para que mi aquiescencia se finja lícita, natural, y con este disfraz de mis vestidos acompañe, sin sonrojos de hombre, sin orgullo de hombre, el poder de Macbeth? ¿O soy mujer y aun siendo mujer deseo el poder de Macbeth, que si fuera mío no sé si habría sido diferente del suyo? La yo misma lo sabe. ¡Oh, qué terror! Ahí está, con aires de extranjera. ¡Esta yo misma se olvidó de mi amor por Macbeth! El asesino. ¡No el asesino! Tampoco el ladrón ordinario, ni el ladrón extraordinario que de los bienes de los vencidos se apropiaba. (Ríe) ¿O sí lo es, asesino y ladrón? Macbeth, el impiadoso, que nunca atendió otro reclamo que el de su propio poder. Por la fe de tus amigos llegaste al

trono ¡y qué fácil traicionar! Comparto su poder, si bien como sirvienta. Y cuando el crimen era nuevo, ese compartir de sirvienta me parecía poco, el hombre que se oculta bajo mis vestiduras quería el trono sólo para mí. ¿Y ahora qué quiero? (Esboza el gesto de mirarse las manos, las junta apretadamente. Con odio) Esa yo misma sólo vive si reniega de Macbeth. (Ahuyenta con los brazos) ¡Fu, fu! No voy a hacerlo. Que se vaya esa extranjera, que estuvo siempre ausente y a quien se le ocurre aparecer ahora. ¡Fuera, traidora a Macbeth! ¡No te dejaré hablar! Cruel adefesio, ¡tus palabras son más crueles que los crímenes de Macbeth!

Bruja 1: Extraño comportamiento el de nuestra señora.

Bruja 2: Si no es ella misma la que vemos, ¿quién es esa otra con la que delira?

Lady M.: (se tapa los oídos) ¡Basta! ¡Haganla, callar!

Bruja 1: Sufre mucho.

Lady M.: (sonríe vagamente. Atiende, luego susurra) ¡Se asustó...! Ya no habla... Ya no rasca las paredes del sótano...

Bruja 1: Mejor, señora.

Lady M.: Macduff tenía una esposa.

Bruja 1: Así es.

Lady M.: ¿Dónde está ella ahora? (Alza los puños hacia su rostro. Abre la mano izquierda y mira) No me salpicó su sangre. Pero... pero Macduff tenía hijos. ¡Coraje! (Lentamente abre el puño derecho, mira) Y la sangre de los hijos de Macduff me salpica. La muerte que vi del hijo de Macduff... ¡Con qué inteligencia discurría ese niño! ¡Oh, cuánta ira después en ese rostro avasallando el miedo! ¡Cuánto reproche! ¿Cómo aguantaré ese reproche?

Bruja 1: Sólo era una representación, señora, lo dijiste. Y más bien cómica.

Lady M.: ¿Representación? (Señala a Bruja 2a. que representó al niño) ¡Ahí está! Con mejillas

de melocotón y miembros frágiles. ¡Señor, cuánta ira hay en ese rostro! ¡No me acusés! (Va hacia ella, se abraza a sus piernas)

Bruja 2: ¡Hermanas, sáquenmela de encima!

Lady M.: No... no... Sólo quiero abrazarte, que el abrazo... borre... (incorporándose, le aprieta la cabeza contra ella) Ocultá, ocultá el rostro...

Bruja 2: (resignada) Lo oculto, señora. Si calma tu desdicha...

Lady M.: No pienso en mi desdicha sino en la tuya... (Dulcemente) ¿Cómo vino la muerte? ¿Fue cruel la herida en tu pequeño pecho?

Bruja 2: (con fastidio) Y sí, señora, ¿qué pretendés? Y la muerte misma era desagradable: un esqueleto que en la mano derecha empuñaba una hoz.

Lady M.: ¡Oh, qué imagen terrible para un niño! Pero ahora estás en el cielo, ¿verdad? Ahí, sin juicio, van los inocentes.

Bruja 2: Sí, señora, estoy en el cielo. Contentísima. Digo contentísimo. Los ángeles vuelan a mi alrededor. Bebo néctar y me distraigo contando las nubes. ¡Una, dos, tres...!

Lady M.: ¿Y por qué entonces me mirás con reproche?

Bruja 1: (se acerca) Dejalo con sus nubes, señora. No lo perturbes.

Lady M.: ¡Me acusa!

Bruja 1: Sólo es un niño. Si el cielo es caprichoso en concedernos sus favores, el alma de un niño en el cielo lo es más.

Lady M.: (la mira con desconfianza. Extiende la mano) ¿Y esta mancha?

Bruja 1: También un capricho de la culpa, señora.

Lady M.: Una mancha... La he frotado y frotado...

Bruja 1: Ya se irá.

Bruja 3: Esa yo misma la enferma.

Lady M.: ¿Cuándo? ¿Cuando el sol sea la tierra?
 ¿Cuando las garrapatas chupen la eternidad del cielo? ¡Fuera, maldita mancha!
 Me lavé las manos. Me lavé las manos. ¡Y aún queda aquí el olor de la sangre! Todos los perfumes de Arabia no podrán perfumar esta pequeña mano. ¡Que deje de mirarme el hijo de Macduff! Y vos, Macbeth, tampoco me mires. Lavate las manos, cambiá tu vestidura por las ropas de dormir que justificarán tu inocencia, recuperá el sueño al que asesinaste. No estés tan pálido que no hay castigo para los poderosos... Siempre encuentran razones. O sea: yo lo ordené –el crimen– porque era necesario para el bien del estado, o no lo ordené y alguien osó asesinar por cuenta propia. Y si aparecen cadáveres en una zanja o en el río, de esa acción soy inocente porque mi poder no la ordenó. (Ríe) ¡Ya sé hablar como vos, Macbeth! ¿No merezco una recompensa? Ssss... ssss... Sólo tu nombre tengo. Y el de paloma que me das cuando... la complicidad del amor... o del crimen... nos... ¿Me elijo un nombre, Macbeth? ¿Puedo? (Ríe) ¡No te asustés, paloma! ¡Paso, paso

del nombre! Me basta Lady Macbeth, esposa del rey Macbeth. Vamos, vamos, dame la mano. Mostrá una cara menos hosca, que una cara tan oscura ahuyenta la dicha. ¡Ahuyentada está! Se escondió en el infierno donde vive más feliz. Lo que está hecho, no puede ser deshecho. Vamos, vamos. Si te portás sensatamente, sin matar pajaritos, dormirás, vendrá el sueño. Vamos, vamos. No te quedés tan solo. Dame la mano. ¡Ah! ¡Qué asco la mía!, tiene una mancha. ¿Por eso no querés que...? Ah. Ah. Te topo con la cabeza como una bestia a su cría. Así... Vamos, vamos... Al lecho, al lecho, al lecho...

Bruja 3: Confunde el suelo por lecho.

Bruja 1: Y delirio por razón. Y como el delirio es tan impredecible, a veces acierta.

Bruja 2: ¡Qué trastornada está!

Bruja 1: Y lo estará más cuando se entere de que con poca resistencia, salvo la de Macbeth, fue tomado el castillo.

Bruja 2: ¿Qué castillo?

Bruja 1: El nuestro. Digo, el de Macbeth.

Bruja 3: ¿Cómo? Si Macbeth no debía temer ruina ni muerte hasta que el bosque de Birnam se avecinara en son de guerra.

Bruja 1: ¡Simple! Cada soldado cortó una rama en el bosque de Birnam y se disfrazó de árbol que camina.

Bruja 3: ¡Ocurrente!

Bruja 2: Macbeth podría haber sido más astuto y preguntarse si nuestra predicción no encerraba alguna trampa. No hay como decirle una mentira lisonjera a un rey para que lo tome por verdad.

(Se oye un lamento de Lady Macbeth)

Bruja 1: Y todavía no sabe lo peor.

Bruja 3: ¿Cómo? ¿Peor sobre lo pésimo?

Bruja 2: Macbeth, tan confiado en llevar una hechizada vida, murió a manos de Macduff.

Bruja 3: ¿Cómo? ¿Si nadie que hubiera dado a luz una mujer podía dañarlo?

Bruja 1: Macduff fue arrancado del vientre de su madre. Ya sin vida, su madre no pujó.

(Se oyen quejidos de Lady Macbeth)

Bruja 2: ¡Qué lamentos! Parte mi corazón el suyo, tan dolorosamente abrumado.

Lady M.: ¿Acaso no puede sanar la mente enferma arrancar una angustia arraigada en la memoria y con un dulce antídoto de olvido aliviarnos este cargado pecho de materia tan peligrosa como la que pesa en mi corazón?

Bruja 1: En estos casos, el paciente debe ayudar a su propia mejoría.

Lady M.: ¿Y qué es lo que deseo? Sobre todo esta mancha...

Bruja 1: Bien, señora, bien.

Bruja 2: Que así sea.

Bruja 1: Señora, como no es grato verte así, grato será, con tu colaboración y nuestros medios, aligerarte de tus pesadillas. (*Saca un frasquito*) ¿Querías un dulce antídoto de olvido? En esta pócima reside.

Lady M.: ¿Y se me quitarán las manchas de las manos?

Bruja 1: Enteramente.

Lady M.: ¡Mirá, mirá! No es una mancha común. ¡Se hunde en la carne, hiere el hueso!

Bruja 1: No te preocupés. El hueso quedará blanco como una roca lavada por la lluvia. Este frasco contiene jugo de raíces, raíces secretas hervidas treinta veces. Un sorbo da consuelo, otro excusas tan firmes como la verdad, y el tercero, si es necesario, total, perfecto olvido.

Lady M.: ¿Y con entrega absoluta, amaré de nuevo a Macbeth? ¿Lo ayudaré y mi ayuda no tendrá el nombre de complicidad sino

de amor? ¿Consentirá mi señor que traiga niños pobres a la mesa? ¿Y me será siempre extraña esa yo misma que deseo y me aterra?

Bruja 1. Lo que quieras, señora. Te podemos augurar, y firmemente, que no tendrás inquietudes, dudas, terrores.

Lady M.: ¡Dame, dame! Que sólo por esta mancha, si se borra, estoy dispuesta a tragar el océano! (*Bebe. Se lleva la mano a la garganta*) ¿Qué me has hecho beber, bruja maldita?

Bruja 1: El olvido, señora. ¿Acaso no lo querías?

Lady M.: ¡No este! La mancha... ¡aún la tengo...!

Bruja 1: Ya se borrará, señora.

Lady M.: ¡Quema!

Bruja 2: ¿Qué hiciste, hermana? ¿Por qué?

Bruja 1: Porque su espíritu es un sube y baja, una hamaca, un tobogán del que se arroja como tonta.

Bruja 2: Morirá.

Bruja 1: Si no murió. Es su destino. No quería ser cómplice y lo fue. Debía ser yo misma y no lo fue.

Lady M.: Si hoy es el mañana... verás... Seré... seré...

Bruja 1: ¡Tarde, señora! Como a todos, te tocó vivir en la brecha del tiempo situada entre el pasado y el futuro. En esa brecha te equivocaste, ¡y de qué manera, señora! Traición y desperdicio.

Lady M.: ¡Quema! ¿Qué me diste?

Bruja 1: Lo que pedías. Pero podés morir no envenenada.

Lady M.: ¡Sí, sí! ¿Cómo? ¡Dame un antídoto!

Bruja 1: ¿Antídoto de antídoto? No, señora. Sé más sutil. Si hoy es el mañana, te diré, sin veneno, que vendrán mujeres tan reinas como vos pero sin la razón turbada.

Bruja 2: Reinas pobres, reinas mendigas.

Bruja 1: Delante del palacio, se amontonarán para gritar (*grazna como lo hacía Lady Macbeth*) ¡Macbeth!, ¡Macbeth!, que vivirá Macbeth aún.

Lady M.: Mi Macbeth... ¿vivirá?

Bruja 1: ¡Oh, tonta, tonta! ¡Con el último alieno, aún lo invoca! En el mañana, esas sabrán que es un grito de furia. ¡Macbeth! ¡Macbeth!, contra el tirano la furia, mi señora.

(*Un silencio*)

Bruja 2: Creo que no te escuchó. Ya está muerta.

Telón

